

Cuando los asesinos del cisne se hicieron poderosos*

Juan M. M. Puig

Durante el tiempo en que dirigió el Fondo de Cultura Económica, hace dos décadas, don José Luis Martínez echó a andar, y realizó en gran parte, un proyecto novedoso y benéfico: reeditar las revistas literarias mexicanas de la primera mitad del siglo XX. Esa labor, en ediciones facsimilares, cuidadosas y reveladoras —que reproducen los textos, la tipografía, los anuncios, los avisos: todo—, devolvió al público un verdadero tesoro, para muchos ya completamente desconocido. Por ejemplo, toda la revista *Contemporáneos* y todos los números de *El Maestro*.

Se sabe que una porción considerable de las ediciones se tomaron de originales que proporcionó, de su colección personal, el propio José Luis Martínez (porque en ninguna otra parte se habrían podido conseguir: el caso del coleccionista ávido y desprendido). Y se vendieron baratas y como pan caliente: por citar el caso que aquí nos ocupa, hoy en día es ya muy difícil encontrar a la venta los tres tomos con la reedición de la revista *México moderno* de 1920 a 1923, publicados en 1979. Ojalá que la editorial reemprenda ese proyecto y lo complete. Y vayan estas líneas como homenaje al maestro José Luis Martínez, a quien le debemos todos el regalo de lo que escribe y lo que rescata.

Un Ateneo resucitado

Hace 99 años, el uruguayo José Enrique Rodó invitó a la juventud latinoamericana a revolucionar su mundo. El *Ariel* de Rodó (del que se hizo, en el Monterrey del general gobernador Bernardo Reyes, una edición de 500 ejemplares)¹ anunciaba una América Latina noble, desinteresada, heroica y artista. Muchos jóvenes mexicanos que se iban oponiendo con

* La revista *México moderno* 1920-1923.

¹Fernando Curiel: *La Revuelta/Interpretación del Ateneo de la Juventud/(1906-1929)*. México, UNAM, 1998, p. 17.

suavidad a la dictadura porfiriana, y gente algo mayor también, recibieron ese mensaje con avidez y reaccionaron. En ese grupo figuraban —y habrían de figurar mucho más— Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos y otros 65 inquietos cultivados.² En 1906 se agruparon en la revista *Savia moderna*, en 1909 fundaron una sociedad de conferencias con el nombre de Ateneo de la Juventud, participaron como tal en las celebraciones del Centenario, y en 1912 erigieron el Ateneo de México. El cuartelazo de la Ciudadela los disgregó, prácticamente desaparecieron en 1914, la presidencia de Obregón volvió a reunirlos en parte, y la campaña vasconcelista de 1929 —más bien, la imposición de Ortiz Rubio— les dio el tiro de gracia. Para entonces su legado estaba hecho y engendraría más inteligencias oportunas. Entre las riquezas de esa herencia se distingue una publicación.

La revista *México moderno* apareció con irregularidad entre 1920 y 1923, los años en que algunos de los ateneístas llegaron al máximo poder cultural de México: cuando José Vasconcelos ocupó sucesivamente los cargos de rector de la Universidad Nacional y secretario de Educación Pública, y llamó cerca de él a Henríquez Ureña, Cosío Villegas, Torri, Loera y Chávez, y otros correligionarios más, aparte de tener también cerca a Antonio Caso, rector de la Universidad Nacional, no por nombramiento sino por elección del claustro de profesores que el presidente Obregón permitió y respetó.³

El momento corresponde al “segundo aire” del Ateneo,⁴ y podría considerarse su tiempo mejor: el de volver realidad los sueños, dejar la teoría y pasar a la práctica, actividad especialmente relevante (casi una obsesión) para un grupo coetáneo, el *primer hijo* ateneísta, poco posterior: la Generación de 1915 —de hecho inmersa en el Ateneo, y su sucesora inmediata en lo político—, cuyo sino parece haber sido sacrificar la obra escrita individual a cambio de erigir instituciones.⁵

Dos revistas marcaron ese momento, ambas con fuerte influencia ateneísta: *El Maestro*, órgano oficial de la Secretaría de Educación Pública, y *México moderno*, publicación independiente y ajena a la esfera oficial, pero también con fuerte presencia del grupo.

²*Ibid.*, pág. 40.

³*Ibid.*, pp. 387-388.

⁴*Ibid.*, pp. 37, 366 ss., 379 ss.

⁵ Enrique Krauze: *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México, SEP-Siglo XXI-Conafe, 1985 (col. Cien de México). Pp. 12 ss.

Cabe preguntarse si en la actitud y la actividad de los ateneístas hubo un cambio, si se matizaron ambas con este acceso al poder, y si en sus publicaciones podría rastrearse esa transformación o ese sesgo nuevo.

La redención por la belleza

Si una de las notas primordiales de la labor ateneísta fue la promoción y extensión de la cultura elevada, con la mira de beneficiar a las generaciones jóvenes —necesariamente de la elite ilustrada— (la otra nota primordial se referiría a la atención en favor de la mayoría inculta y menesterosa, para la cual se fundó y trató de sostenerse la Universidad Popular), es decir, si aquellos “atenienses” buscaban hacer aparecer y avecindarse en su México la alta cultura de más reciente “explosión”, puede decirse entonces que *México moderno* confirma ese designio, y que empezó a realizarlo. Incluso figuraría entre las mejores confirmaciones actualmente a la mano porque, aunque las conferencias o las exposiciones de aquel instante cultural esperanzado ya no pueden recobrase del todo —y algunas en nada—, la revista llegó a consignar y criticar varias de ellas y, otro ejemplo, los conciertos de la Sinfónica Nacional con Julián Carrillo, o los recitales de piano del maestro Salvador Ordóñez y de “la niña” Angélica Morales —entre muchos beneficiarios y colaboradores indirectos del Ateneo—, sólo pueden imaginarse ahora, con cierto detalle, a la luz precisamente de las reseñas que en esta misma revista publicó el activo ateneísta Manuel M. Ponce.

A diferencia, pues, de *El Maestro*, destinada principalmente a sensibilizar a los muchos y a divulgar entre ellos elementos de la cultura clásica y, sobre todo, conocimientos útiles,⁶ *México moderno* se propuso recrear la alta cultura del momento y abrir ventanas a la vanguardia literaria nacional y extranjera. En ese designio se anticipó y anunció a los *Contemporáneos* y, justo por eso, entre los colaboradores de *México moderno* aparecen algunas firmas inminentemente ilustres de esa camada: Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Salvador Novo, Carlos Pellicer. Entre todos buscaban realizar lo que Vasconcelos caracterizó como una especie de redención por obra de la belleza: una redención espiritual de la que *sin duda alguna* provendrían, por añadidura, los alivios y satisfacciones materiales.⁷

⁶ Fernando Curiel: *op. cit.*, pp. 388 ss.

⁷ José Vasconcelos: “Himnos breves”, *México moderno*. México, FCE, 1979, 3 vv, (col. Revistas Literarias Mexicanas Modernas); vol. I, *Agosto de 1920-enero de 1921*, pp. 1-4.

Al Doctor Enrique González Martínez corresponde el mérito de haber concebido esta publicación —que no era la primera que apadrinaba⁸— y haber vaciado el molde (austero, elegante, barato), además de dirigir y cuidar la edición del número primero. Pero en seguida partió para Sudamérica y España en carrera diplomática, y la revista, aunque continuó proclamándolo su director, estuvo en realidad a cargo de otros: Agustín Loera y Chávez (responsabilizado, además, de la sección de escritores jóvenes mexicanos) hasta el número 12, y desde el 13 Genaro Estrada.⁹ De todos modos, González Martínez, con el prestigio que todos le reconocían —y que él supo ganarse discretamente—, siguió siendo el ángel tutelar de la revista, y colaboró esporádicamente en ella con páginas magistrales según su estilo y capacidad.

La codicia rompe el saco

La ambiciosa periodicidad mensual se sostuvo en los diez primeros números, de agosto de 1920 a mayo de 1921, lo que no es poca cosa si se considera que el país y su capital sufrían los últimos estragos de la guerra civil, y que no se había conseguido restablecer o normalizar el abasto de muchos bienes necesarios ni tampoco el crédito. Pero les habría convenido a aquellos entusiastas proponerse algo tal vez más prudente: una publicación semestral o trimestral, porque en ese mayo de 21 se abre un bache de seis meses, hasta el número 11, doble (la portada dice “11 y 12”), que corresponde, también según la portada, a noviembre de 1921; y allí se hace un nuevo silencio de ocho meses, hasta el número 12, de agosto de 1922 (que anuncia como “número uno” del “año II”), al que siguen dos números regularmente mensuales (septiembre y octubre de 22) para sufrir el último descalabro antes del final, es decir la ausencia en que incurrieron durante los otros ocho meses que preceden la aparición del último número de la revista, el 15 de junio de 1923.

“El enfermo, para morir, se alivia”, dice el dicho popular, lo que ha permitido, también según la conseja, muchas contriciones de última hora. Por supuesto que tales arrepentimientos brillan por su ausencia en *México moderno* —el cual, además, debe reconocerse que estuvo

⁸ “Introducción” anónima (después del breve texto introductorio de Francisco Monterde) al vol. I de *México moderno*, página VIII. El Dr. González Martínez había fundado antes las revistas *Argos*, de 1912, y *Pegaso*, de 1917.

⁹ *México moderno*. México, FCE, 1979, vol. I, *Agosto de 1920-enero de 1921*, página [XIV]; *ibid.* vuelta de la portada del núm. 11 (“11/12”), de noviembre de 1921.

siempre libre de pecado (literario, ideológico, de autocensura: pecados graves, se entiende)—, salvo esos retrasos que las circunstancias volvían veniales. Los promotores de la revista se proponían hacerla vivir mucho todavía: no por nada se dolieron tanto de la muerte del colaborador casi asiduo que fue Ramón López Velarde (a quien dedican poco menos que todo el número 11, de noviembre de 1921), y la de Jesús Urueta (con una sentida y, sin embargo, equilibrada oración fúnebre de Martín Luis Guzmán, en el número 9, de abril de 1921), lo mismo que las de Amado Nervo y Justo Sierra.

Otra falta mucho menor consistió, por ejemplo, en que el número 9, de abril de 1921, publicó en la portada la fecha “1° de mayo”, que en el número siguiente, que sí era de mayo, se repitió. En ninguno de ellos hay, por cierto, referencia al Día del Trabajo: se trataba de una revista estrictamente literaria y de arte.

Los números de la revista y las fechas a que corresponden van como sigue:

<i>Número</i>	<i>Fecha</i>	<i>Número</i>	<i>Fecha</i>
1	1°-agosto-1920	9	1°-abril-1921 (“1°-V”)
2	1°-septiembre-1920	10	1°-mayo-1921
3	1°-octubre-1920	11 (“11/12”)	1°-noviembre-1921
4	1°-noviembre-1920	12 (“II/1”)	1°-agosto-1922
5	1°-diciembre-1920	13 (“II/2”)	1°-septiembre-1922
6	1°-enero-1921	14 (“II/3”)	1°-octubre-1922
7	1°-febrero-1921	15 (“II/4”)	1°-junio-1923
8	1°-marzo-1921		

La revista no se mete a explicar esos dilatados retrasos; en todas las cuartas de forros aparece religiosamente el anuncio de la Cervecería Moctezuma de Orizaba, y con la misma fidelidad pagó anuncios interiores el famoso repertorio, editorial de música y tienda de pianos “Sucesores de Wagner y Levien”, lo mismo que la Lotería Nacional, la tienda de pianolas “Hermanos de la Peña Gil” y —sin tanta lealtad— la “Compañía Mexicana de Petróleo *El Águila*”, por lo que es de suponerse que, aunque los anuncios fueran quizás baratos, la revista dejaba de publicarse por causas más sutiles: desacuerdo entre colaboradores, escasez de impresores y papel comprable, carestía generalizada, morosidad creativa, falta de ocio por deber ganarse el pan en otros menesteres, o por absorberse en la política.

De todos modos, la desaparición de la revista coincide con la desavenencia y ruptura entre Vasconcelos, por un lado, y Lombardo Toledano, Antonio Caso, Henríquez Ureña y prácticamente toda la Universidad Nacional por el otro.¹⁰ La última vez en que Obregón apoyó a su secretario de Educación —reprimiendo, con saldo de un policía muerto, la huelga con que la Universidad respondió al autoritarismo y el protagonismo de Vasconcelos (algún defecto había de tener ese ameritado, bien-intencionado e incansable promotor de la mejor cultura)— representó para éste, como se ha dicho, una victoria pírrica:¹¹ *pirriquísim*a en el caso de esta valiosa revista que, con todas sus tardanzas, merecía sobrevivir: sus lectores la necesitaban, lo mismo que sus colaboradores. Y también nosotros ahora: sin todos esos números potenciales que ya no vieron la luz y que tanta luz habrían vertido sobre un momento crucial.

Aun sin conocer qué tanto penetró en el mercado lector —y sus colaboraciones nacionales y extranjeras permiten suponer que seguía, aunque fuera de lejos, la gran penetración que alcanzó *El Maestro*—, puede considerarse que *México moderno* fue la contraparte equilibrada y exquisita de aquella ilustre publicación de masas heterogénea y desbordada. Con enterarse en expulsar alumnos e imponerse sobre sus amigos Caso, Henríquez Ureña, Lombardo y sobre el claustro entero, Vasconcelos se enajenó el apoyo del Ateneo (que brilló por su ausencia en la campaña presidencial de 1929) y contribuyó a adelantar la “segunda muerte” del grupo (después de 1914), aunque su fecundidad se extendiera casi un decenio más: hasta el alumbramiento del hijo segundo: los *Contemporáneos*, desinteresado en la acción y atento a la belleza literaria y sus osadías.

Dama elegante, austera, culta y con alguna bisutería

La revista, pues, se dejaba fecundar de la mejor intelectualidad del momento, para alumbrar números cada vez mejores, aunque muchas veces un tanto desiguales. El balance es, sin embargo, muy positivo: si firmas reputadísimas, como la de Antonio Caso, Vasconcelos o Gabriela Mistral (ella y María Enriqueta Camarillo fueron las únicas mujeres de toda la trayectoria), aparecen en páginas eventualmente sosas,¹² nunca

¹⁰Fernando Curiel: *op. cit.*, pp. 395 ss.

¹¹*Ibid.*, p. 397.

¹²Caso, “Rapsodias bíblicas” —reseña amistosa del libro de poemas de un sacerdote poblano, gran latinista y sabio, núm. 14—; Vasconcelos, “Himnos breves” —vaguedades contra el yo individual y en pro de la naturaleza y el Creador, número 1—; Mistral, “La misión de Antonio Caso” —apresurado y vacuo elogio de ocasión, en el número 12.

faltan las colaboraciones deslumbrantes, sorprendivas, desafiantes, ocu-
rrentes, despiadadas, sabias, o simplemente muy dignas.

A la pluma de Antonio Caso se debieron sólo tres colaboraciones. Primero, un sesudo y didáctico artículo sobre “El concepto de la historia universal” (número 1, adelanto del libro homónimo de 1923), según el cual ha de averiguarse la esencia de esa disciplina en los libros, no de los filósofos, sino de los propios historiadores, aparte de que la historiografía debe ser, además de labor crítica documentada, una verdadera “creación poética”, y no únicamente referida a la humanidad: hay que historiar el universo entero. El segundo artículo es una breve, verbosa y confusa alusión a dos géneros musicales que responden a la misma forma: la sonata y la sinfonía (núm. 7), y el último es una reseña de la fina poesía —entre clerical y erótica, tradicional y hasta anticuada— del padre Federico Escobedo, cura de Teziutlán.

El joven Alfonso Caso, en un verdadero alarde sintético, contribuyó una vez con la explicación metódica de lo que puede *aprehenderse* nada menos que en la *Crítica de la razón pura* de Kant.

La firma del doctor González Martínez apareció tres veces, siempre en series de poemas impecables: una referida a los siete pecados capitales convertidos en otras tantas virtudes de contemplación de la naturaleza (núm. 1), y una más en que se manifiesta el eterno peregrino que es cada quien (núm. 7), a lo que se añade la prosa de una sentida página necrológica en memoria y desagravio —porque una vez “le opuso reparos”— del ya también para siempre *joven abuelo* López Velarde (núm. 11).

Como el cometa Haley —tan reciente entonces— y más que él, Pedro Heríquez Ureña se ve poco y deslumbra cada vez. Primero (núm. 6) con la reseña de una biografía de Diego Velázquez escrita por el poeta Moreno Villa, donde el *tiránico* Ureña elogia con medida, exige explicaciones, hace gala de erudición, se luce como gran crítico de arte y concluye con un elegante escepticismo un poco burlón. Vuelve a aparecer (núm. 12) con breves estampas de viaje impecables, y cierra un *broche de oro* —la revista en el umbral de la muerte— con sus “Notas sobre literatura mexicana” (núm. 14), donde nuestro romanticismo recibe lo que bien puede considerarse la puntilla teórica:

... Después de 1830 entra en México el romanticismo: la era de los versos descuidados y de los novelones truculentos. ¡Nunca se lamentará bastante el daño que hizo en América nuestra pueril interpretación de las doctrinas románticas! La literatura debía ser obra de improvisación genial, sin estorbos; pero, de hecho, ninguno de nuestros poetas gozaba de la feliz ignorancia y de los ojos vírgenes que son patrimonio del hombre primitivo. Todos eran hombres de ciudad, y, mal que bien, educados en libros y escuelas, pero, huyendo de la disciplina, se entregaban a los azares de la mala cultura; y así, cuando creían expresar ideas y sentimientos personalísimos no hacían sino repetir fórmulas aje-

nas que se les habían quedado en la desordenada memoria; cuando creían inventar, con la rapidez del genio, novedades de estilo, no hacían sino repetir los peores ripios de Zorrilla o las expresiones menos felices de Espronceda...

Los textos de historia estuvieron a cargo de Genaro García, Luis Castillo Ledón, Luis González Obregón, Juan Iguíniz, Alejandro Quijano y Gabriel Porras Tronconis. Don Genaro contribuyó una vez, con una semblanza del padre Morelos erudita y amena, donde se perciben todas las luces y algunas de las sombras del prócer verdadero, y con una curiosa y disonante referencia positivista al derecho de los “aptos” a ser ricos y vivir mejor que los “incapaces” (número 6).¹³ Castillo Ledón hizo tres entregas: dos de ellas sobre Don Miguel Hidalgo (números 2 y 15) y una más sobre la antigua “Tenoxtitlán” (núm. 9). Los pulcros artículos sobre Hidalgo se anuncian ya como parte de la gran biografía que tardaría aún tantos años en quedar lista, y se refieren a la vida de estudiante del Padre de la patria.

Por su parte, González Obregón se refirió a la encomienda en el siglo XVI (núm. 3), mientras que Iguíniz comentó por lo menudo un importante testimonio sobre la universidad mexicana entre ese siglo y el XVII (núm. 5). La historia sudamericana tuvo también representantes: Alejandro Quijano discurrió con no menor detalle sobre la figura de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá (núm.5), y Porras Tronconis reseñó —y lamentó— la disolución de la Gran Colombia en 1830 (núm. 3).

Con intención sociológica, pero en tono literario y hasta de prosa poética, Martín Luis Guzmán retrató la dualidad en que veía debatirse a México, a la vez moderno y atrasado, tan peculiar y tan incongruente: absorto por lapsos excesivos en la autoritaria paz y el éxtasis pueblerino, y desgarrado una y otra vez por sublevaciones sangrientas, trágicas, irracionales y corruptas (núm. 3).

Entre el desdén y el regalo

Llama la atención que las plumas egregias contribuyeran poco, tanto las bisoñas y maduras como las vetustas. López Velarde y Tablada se pre-

¹³La frase de Genaro García tiene todo el aspecto de llevar dedicatoria a lo que él sin duda percibía como una caterva de cabecillas revolucionarios indignos del poder político que detentaban: “... debemos considerar que todos los revolucionarios han permitido el robo, y que, a pesar de que el comunismo recluta sus adeptos, casi exclusivamente, entre *los incapaces que envidian las riquezas producidas por los aptos*, también suele ganar alguno que otro hombre de noble espíritu y sentimentalismo exagerado, como Morelos...” (número 6. pp. 344-345). (Sin cursivas en el original.)

sentaron cuatro veces, Henríquez Ureña aquellas tres, y otras tantas Vasconcelos y los brillantes Novo y José Gorostiza; el huidizo Torri condescendió en asomarse por dos ocasiones, igual que Ezequiel A. Chávez —absorto en Dostoyevski—, Martín Luis Guzmán, Lombardo Toledano y Cosío Villegas (aunque este último tuvo a su cargo, alguna vez, la sección bibliográfica, mientras que Novo y Gorostiza llegaron a desahogar, respectivamente y en los últimos números, las secciones de “repertorio” —especie de recortes de textos deliciosos— y la misma sección de reseñas bibliográficas; por cierto que Cosío Villegas sorprende con unas narraciones impecables y bellas —“Morado y oro, La teoría de la eternidad”, número 13—; también Alfonso Reyes habló nada más en dos oportunidades (por supuesto en calidad de *Crisóstomo* de voz queda), mientras que *solamente una vez* escribieron Francisco Monterde, Ramón del Valle-Inclán, José López Portillo y Rojas (con un fino elogio de la literatura, lleno de gracia, en el número 10), Ramón Gómez de la Serna, Isidro Fabela, Manuel Machado y Arturo Capdevila.

Si no la máxima calidad literaria, la profusión generosa provino de otras plumas. En primerísimo lugar, el primer músico de México entonces —y de mucho después—: Manuel M. Ponce fue quien más colaboraciones aportó, 21, referidas normalmente a la gran vida musical de Europa y la *vidita* musical de México, sin faltar una “Defensa propia”, en el número 6 (contra los cargos de plagio y “torpeza armónica” respecto de la romanza *Soñó mi mente loca*: lo del plagio, en tono fraternal, y en cuanto a la armonía, como el consumado conocedor que era, y lleno de razón) y sin faltar tampoco una entusiasta proposición a favor de la enseñanza musical obligatoria entre los mexicanos, y tan vigorosa como las de Francia y Alemania —que él conocía inmediatamente— y de la Rusia Soviética (núm. 7), y todavía una excesiva y rígida condenación del *fox trot* (núm. 9), y una lamentación del “suplicio” que deben sufrir los concertistas: esos sacerdotes obreros, víctimas de los empresarios teatrales y los representantes, condenados a errar sin descanso y a morir solos en algún hotel lejano, y víctimas también del público y de... la propia codicia (núm. 1).

El primer jefe de redacción, Agustín Loera y Chávez, sostuvo la sección sobre “La joven literatura mexicana”, donde dio a conocer, con variados y casi numerosos ejemplos (y entre encendidos elogios, sabiamente breves), a Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, José Gorostiza, Francisco Monterde, Carlos Pellicer y Bernardo Ortiz de Montellano, para mencionar sólo a los que no se eclipsaron pronto. Por su parte, Genaro Estrada, el segundo jefe, contribuyó 13 veces con reseñas de libros interesantes de América y Europa, y con un artículo de evocación autobiográfica (núm. 4).

Gracias también a la traducción de Genaro Estrada, un profesor de Berkeley e historiador mexicanista de renombre, Herbert Priestley, dio a conocer la trayectoria de la Real y Pontificia Universidad de México desde su fundación, mediante un texto que representa, a juicio de la redacción de la revista (el propio Estrada), “lo más completo que se ha escrito sobre la antigua Universidad mexicana” (número 1).

Jaime Torres Bodet se distinguió también por su dedicación: publicó ocho brillantes colaboraciones sobre la literatura francesa y europea del momento, y sobre revistas literarias de América y el mundo, más un espléndido poema, “Carta de amor” (núm. 13), que quizás tuvo originalmente un destino menos difuso que el “curioso lector”. Otro joven laborioso y sabio fue Manuel Toussaint, con siete artículos sobre el arte colonial mexicano, algunas ciudades españolas y una proposición, parecida a la de Ponce, en pro de una mejor enseñanza de las artes plásticas entre nosotros (núm. 15).

El deslumbrante o irritante Tablada, desde Nueva York (por presunto *huertófilo*), deslumbró o irritó por cuarta y última vez con el famoso “Retablo a la memoria de Ramón López Velarde” (núm. 11):

...no se ha visto
poeta de tan firme cristiandad.
Murió a los treinta y tres años de Cristo
y en poético olor de santidad...

A título de formas literarias literalmente sublimes, el *elogio* y el *escarnio* tuvieron en *México moderno* ejemplos de antología. Al trasterrado Alfonso Reyes, obviamente, correspondió la buena educación y cortesía de elogiar de modo por demás admirable a un estricto elogiado (a Gómez de la Serna, núm. 8: pero no sin señalarle defectillos), mientras que Genaro Fernández Mac-Gregor tuvo a bien burlarse sin piedad del inofensivo Don Luis G. Urbina, al que *hizo polvo* a cambio de algo así como aniquilar definitivamente —él también— la peste romántica y el sentimentalismo necrofílico en las letras nacionales (núm. 5).

Tanta agresividad festiva (y acicalada) es señal del respeto con que la redacción consideraba a sus colaboradores: porque, al lado de ese iconoclasta señero y cruel, llegaron francamente a abundar los sentimentales *romanticoides* de primera, segunda y tercera fila, como Manuel de la Parra (núm. 1), Mariano Silva Aceves (id.), María Enriqueta Camarillo (núm. 14), Ventura García Calderón (núm. 2), Ricardo Arenales (id.), Leopoldo de la Rosa (id.), Xavier Icaza (id.), Francisco Orozco Muñoz (núm. 3) y muchos más, sin descontar —con el debido respeto— a Gabriela Mistral (núms. 4, 12 y 13).

El exceso romántico trasnochado (porque, además, hay también bellos ejemplos de modernismo diazmironiano tardío: Rafael Arévalo, núm. 3) se equilibra con las sonrientes cápsulas *solares* de Torri (“...En México no saben hacer procesiones. Por eso me voy a pasar la Semana Santa a Huehuetoca...”, núm. 13) o con las joviales burlas de sí mismo —y de sus camaradas— que Novo *cinzelaba y bruñía* (núm. 13):

LA RENOVACIÓN IMPOSIBLE

TODO, poeta, todo —el libro
—ese ataúd— ¡al cesto!
Y las palabras, esas
dictadoras.

Tú sabes lo que no consignan
la palabra ni el ataúd.

La estrella, la luna, la flor
¡al cesto! Con dos dedos...
¡El corazón! Hoy todo el mundo
lo tiene.

Y luego el espejo hiperbólico
y los ojos, ¡todo, poeta!
¡al cesto!
...Mas ¿el cesto?

No sólo de letras vive el hombre

México moderno fue eminentemente literaria, pero no en exclusiva. Sin duda aspiraba a constituirse en órgano *optativo* de difusión de la intelectualidad y la vanguardia cultural mexicana y hasta hispanoamericana, y se acercó mucho a eso, brevemente, razón por la cual la filosofía, el derecho y hasta la psiquiatría más avanzada (siempre tan “intelectual”) tuvieron también un lugar en sus páginas. Ya vimos que los hermanos Caso recrearon la vena filosófica, junto a la contribución única de Samuel Ramos (“Las ideas filosóficas en México después de la Reforma”, núm. 12, aparte de su traducción a un cuento de Aldous Huxley, núm. 15): pues también la teoría del derecho brilló en la única colaboración de Manuel Gómez Morín (número 2), en la segunda y última de Vicente Lombardo Toledano (núm. 13), y en la también única del internacionalista Fernando González Roa (núm. 10).

En un tono casi anarquista, Gómez Morín señala que el derecho, por siglos inamovible en muchos aspectos, está cambiando y debe cambiar.

Primero ha sido el derecho penal, y ahora el mercantil y el público. Observa que son cambios que oficializan usos establecidos por los ciudadanos para sobreponerse al despotismo, ya que los Estados son esencialmente deficientes e inicuos, y aparentan sostener un derecho muchas veces hueco. La transformación, señala Gómez Morín, apunta hacia la posibilidad de exigir responsabilidad civil al Estado por actos de sus agentes, y hacia el obrerismo y la legislación industrial. Dado que la libertad y la propiedad son frecuentemente un mero espejismo y no pueden ni deben ser absolutas, el poder público —concluye— está obligado a constreñirse *e incluso desaparecer*, lo mismo que el reparto desigual, la nefasta institución de la herencia, la patria potestad y la potestad marital.

El artículo jurídico de González Roa condena la doctrina de la propiedad absoluta, y defiende la función social que le asigna la Constitución de 1917, mientras que *el séptimo sabio*, Lombardo Toledano, proclama que los *derechos* del hombre se reducen, en realidad, a una *obligación* social: la de colaborar, dentro del campo que libremente elija el individuo, en la construcción de la vida colectiva.

Por último, en el número 12 y bajo la firma del joven y malogrado psiquiatra michoacano José Torres (1890-1925), *México moderno* bordó menudo, sin tapujos y con elegante naturalidad, sobre la teoría freudiana de la vida sexual, explicando sus alcances y sugiriendo sensatas limitaciones en tanto la experiencia clínica no demostrara más verdades.

Intenso fulgor necesario, inmensamente breve

Con el paladín del Ateneo en la cima del poder cultural, y rodeado de pares casi tan aguerridos como él, *México moderno* empezaba a realizar una parte nada despreciable del ideario ateneísta. Fue una publicación libre, referida a la alta cultura, muy variada, aparentemente sin censura de ninguna especie, abierta a la literatura mundial, enraizada en el ambiente literario mexicano —romántico, modernista, moderno—, sedienta de vanguardismo y con representaciones ocasionales de Centroamérica (Salomón de la Selva, Rafael Heliodoro Valle), Sudamérica (Arturo Capdevila, Eduardo Barrios, Gonzalo Zaldumbide, Gabriel Porras Tronconis), Estados Unidos (Priestley) y Europa (Huxley, Rudyard Kipling, Walter Pach, Werner Krauss).

Alcanzó los 104 colaboradores y 215 colaboraciones. En sus páginas reaparecieron algunos de los escritores porfirianos de más distinción (Ezequiel A. Chávez, Alfonso Toro, López Portillo, Genaro García), unos cuantos ateneístas de primera fila, dos grandes figuras de 1915 (Lombardo, Cosío Villegas), bastantes jóvenes y adultos de variada cali-

dad artística, y algunos de los mejores *Contemporáneos* a punto de echar a volar.

Las dificultades por las que obviamente atravesó la revista, la irregularidad con que apareció y la calidad en que se mantuvo dan razón del esfuerzo de sus promotores y colaboradores. Los ateneístas de *México moderno* en realidad no cambiaron con el poder de algunos de ellos: no buscaron figurar también en el candelero ni medrar: se acendrarón, insistieron, fueron realistas y consecuentes, dejaron una obra: fueron leales y tan discretos que *se ameritaron en la sombra*. Todo muy brevemente.

Salta a la vista que, si las circunstancias hubieran sido otras, *México moderno* habría ampliado el beneficio que empezaba a producir en nuestro ambiente cultural. Sus herederos, los *Contemporáneos*, que vivieron tiempos mejores, lo demostrarían.

